

# *Berenice la Sirena*

*Por María García Esperón*



## *Conchita*

Estaba muy cansada y hambrienta pero esa no era justificación para ver visiones.

María Concepción de las Mercedes del Verbo Divino de la Laguna y Manrique de Lara y Paredes de la Cerda, niña de edad más corta que su nombre, pues tenía nueve años al pasar a la Nueva España acompañando a sus padres, los marqueses de la Laguna, que serían virreyes... Aquí se hace una pausa para recuperar el aliento y sosegar la respiración, cosa que es muy conveniente tener en cuenta si se quiere continuar la lectura, porque en este siglo diecisiete, nos gustan los vestidos complicados, los dulces dulcísimos, las palabras largas y los párrafos enredados como conchas de caracol...

María Concepción de las Mercedes... ¡eh!, que se nos va el aliento de nuevo...) María Concepción, decía –de aquí en adelante, Conchita-, revolvía con la cuchara el plato hondo de talavera donde le habían servido la sopa.

¡Y qué sopa! Muy aguada, en la que entre zanahorias y jitomates deshilachados nadaban seres de apariencia sospechosa, ni pescados ni camarones, sino mezcla de ambos.

–Son acociles, niña –dijo Ceferina, su nana a la que, como ustedes, ella también acababa de conocer.

Le gustaron las trenzas de Ceferina, largas y lacias, con hilos de colores enredados. Daban ganas de cortárselas y hacer con ellas un columpio y mecerse sobre la mar.

Ella y su familia habían pasado muchos días en un mecimiento continuo, en el barco que los llevó de la Vieja España a la Nueva España.

-¿Ya vamos a llegar?

-¡No!, ¡que no!, que falta la mar de días –le contestaba su madre, María Luisa, mientras se daba aire con un abanico de blancas varillas.

Y de la mar ya estaba harta Conchita.

Y de mecerse también.

Mientras revolvió la dichosa sopa de acociles con su cuchara, pensaba que se había vuelto loca porque en el centro del plato, donde había una preciosa flor amarilla, acostada de espaldas con los ojos cerrados y la cabellera desperdigada en forma también de flor... estaba una sirena.

Conchita trataba de afinar su mirada y de ver a través de la sopa. Y poniendo ojos de china pudo distinguir la cara de la sirena, que era preciosa, como si la hubiera dibujado un pintor de miniaturas usando los colores más increíbles.

El cabello era finísimo, de oro con reflejos verdes. La piel solamente podía compararse con la porcelana. Pero lo mejor era la cola. De tornasoladas tonalidades divertidísima de ver porque cambiaba cuando Conchita cerraba y volvía a abrir los ojos.

¿Estaría muerta? Lo que no tendría nada de particular, porque la sopa de acociles humeaba.

Pobre sirena.

Ceferina no le quitaba el ojo de encima. Su nueva nana estaba decidida a que se comiera la sopa, se diera un baño en una tinaja y se fuera a la cama, porque al día siguiente les esperaba el largo viaje por tierra a la Ciudad de México.

Conchita no veía la necesidad de bañarse porque su padre, el marqués de la Laguna, aunque llevaba la posibilidad del baño en su nombre, nunca había tomado uno.

Ella dio un golpe de cuchara a la sopa, y observó que la sirena se sobresaltaba y abría sus grandes ojos cercados por pestañas doradas.

La sirena se recargó sobre la palma de su mano y así sostenida, sacó el torso y la cabeza del caldo de acociles.

Conchita observó que la parte superior de su cuerpo estaba cubierta con una chaquetilla hecha de conchas diminutas.

La niña casi batió palmas al cerciorarse de que la sirena no estaba muerta sino dormida y el toque de la cuchara sobre su cola la había despertado.